

# La Guerra de Castas: Una breve Historia

Francisco Paoli Bolio

La llamada "Guerra de Castas" en la Península de Yucatán, es uno de los acontecimientos bélicos más dramáticos que se registran en América Latina. Cuando estalla en 1847, Yucatán era una sola entidad geopolítica y tenía aproximadamente seiscientos veinte mil habitantes. Cuatro años más tarde, en 1851, se había perdido la mitad de la población como resultado de la etapa más violenta de esa guerra. Los habitantes no sólo murieron a causa de la lucha violenta, sino por el hambre, la peste y otras enfermedades que surgieron y se extendieron como resultado de la conflagración. Además, hubo muchos miles de habitantes que abandonaron la península, escapando de la guerra. La mayor parte de los rebeldes beligerantes se fueron yendo hasta su extremo sur-oriental, para recibir el apoyo que los comerciantes y taladores ingleses de Honduras Británica les brindaban.

La guerra se había iniciado por iniciativa de un grupo de rebeldes mayas encabezados por dos caudillos, Cecilio Chi y Jacinto Pat, que conspiraban y organizaban un movimiento armado, que los criollos y mestizos yucatecos no pudieron calcular en sus amplias dimensiones. Una buena parte de los blancos y mestizos de la Península habían establecido un dominio sobre la población indígena a la que vejaban, discriminaban y explotaban. Desde el primer siglo de la Colonia, puede distinguirse entre dos grupos de indígenas: los que aceptaron la dominación de los blancos y mestizos, a los que llamaban *dzules*, que quiere decir en lengua maya, señores; y los que no la aceptaban y se fueron yendo hacia la región suroriente del Estado de Yucatán. La rebelión empezó en el pueblo de Tepich, de donde era natural el líder más radical de la insurrección: Cecilio Chi. Un par de días antes del inicio de la rebelión, se había descubierto la conspiración rebelde, que tardó ese tiempo en ser conocida por las autoridades políticas y militares radicadas en Mérida. En realidad los jefes blancos no creyeron que se tratara de una rebelión de grandes dimensiones, sino de algo que podían controlar con unas cuantas fuerzas armadas que lanzaron contra ellos. La frustración de los *dzules* fue mayúscula cuando se percataron de la intensidad del odio que penetraba a muchos miles de indígenas que no estaban dispuestos a seguir soportando la explotación y el despojo de sus tierras y de su dignidad.

La guerra se prolongó por más de medio siglo. Los *dzules* yucatecos estuvieron a punto de ser avasallados por la rebelión indígena que llegó a posesionarse de aproximadamente dos terceras partes del territorio peninsular. En la segunda mitad del siglo XIX (1851 en adelante), los yucatecos, con apoyo del ejército federal mexicano, fueron recuperando el territorio y confinando a los rebeldes en el oriente de la Península. Sus descendientes permanecen en esa zona hasta ahora que corre la segunda década del siglo XXI.

Todos los pueblos se sienten predilectos de dios, el poder supremo, y por ello cada uno de ellos persiguiendo esta idea se piensa y se llama a sí mismo pueblo elegido. De esa manera mantienen e impulsan la vida de sus comunidades. Sus integrantes se sienten permanentemente observados por la divinidad. Cuando se les retrata, intentan poner en sus rostros expresiones que imaginan son los que verá el dios que los vigila, los acompaña y los hace pueblos y personas de su predilección.

Las fotografías en gran tamaño que se presentan en esta exposición de Serge Barbeau, nos muestran en forma magnífica algunos de los rostros de indígenas de hombres y mujeres mayas que viven en la selva de Quintana Roo, en la Península de Yucatán. Ellos y ellas se sienten herederos de los guerrilleros indígenas del siglo XIX. Uno de ellos, Abundio Yamá (96 años)

dijo en la entrevista que Barbeau le hizo: "Dios peleará por los mayas". Lo que confirma la idea de que la divinidad estaba con ellos durante la guerra, apoyándolos contra sus enemigos. Otro de los entrevistados y fotografiados por Barbeau, Sabino Pech Angulo (Tuzik), se refiere a esta creencia o conciencia metafísica de que dios está con los mayas: "Veo ángeles y espíritus que me visitan todos los días". Las oraciones e invocaciones que siguen utilizando los mayas de Quintana Roo, piden la "bendición de la lluvia", que es sagrada. La *milpa* con sus frutos como el maíz, la calabaza, el frijol, el chile y otros nutrientes que hace crecer el agua, son igualmente sagrados.

Otra seña de los mayas rebeldes fue la cruz que les hablaba y dirigía sus acciones y batallas: el oráculo de la cruz parlante. Existía entre los mayas desde antes de la llegada de los españoles ese símbolo sagrado de la cruz, lo que permitió el sincretismo con la cruz de Cristo, que era el mayor símbolo de la religión que trajeron los frailes durante la conquista. En la segunda etapa de la guerra de castas, cuando los indígenas se sentían derrotados, surgió un caudillo mestizo, José María Barrera, que inventó el mito de la cruz parlante. Esa cruz alentó las nuevas batallas y les dio identidad a los rebeldes que se identificaron desde entonces como *cruzoob*: los hombres de la cruz. Ellos bautizaron su santuario religioso y militar, como Chan Santa Cruz o la pequeña Santa Cruz, que hoy se llama Felipe Carrillo Puerto, nombre del líder socialista, que luchó en el siglo XX por el pueblo maya en la Península de Yucatán.

